

TODO AUTÉNTICO DIÁLOGO ES UN EJERCICIO DE DISCERNIMIENTO

Elvia Teresa García Rodríguez.

ENSAYO SOBRE EL TEMA DE LA IDENTIDAD Y MISIÓN
LAICAL.

MAGIS IV.

2013

INTRODUCCIÓN

Este ensayo corresponde a un ejercicio de inteligencia o de comprensión y de palabra o de expresión.

En un intento de entender la realidad a partir de la fe.

Es un ejercicio de expresión, de poner en palabras el objeto de mi profesión de fe. Al pensar, meditar, contemplar lo hacemos con la ilusión de acercarnos al misterio de Dios y su creación. Pero cuando pretendemos expresarlo, ponerlo en palabras, profesar nuestra fe, caemos en la cuenta de nuestros límites, de las limitaciones de nuestra inteligencia y de nuestro lenguaje.

Este ensayo es ante todo un ejercicio de discernimiento. A través de un diálogo imaginario presento algunos de los desafíos a los que me enfrento como cristiana ante el mundo de hoy y como respondo a ellos desde la inteligencia y la experiencia espiritual.

Ese diálogo exige un lenguaje claro, sencillo y acertado, para lograr expresarme en medio del pluralismo ideológico del mundo moderno.

El discernir adecuadamente y saber expresarlo es una herramienta segura y necesaria hoy y siempre para saber dialogar en medio de los varios areópagos del mundo a los que nos enfrentamos los laicos en el mundo de hoy.

Este ensayo es el comienzo de un entrenamiento en el ejercicio del discernimiento y de su expresión lingüística y tiene como fundamento los diferentes textos de estudio, los distintos autores, las enseñanzas magistrales, los diálogos y las experiencias espirituales asimiladas durante los tres años del programa de formación teológica para los laicos de la CVX (MAGIS)

En este proceso de aprendizaje significativo los laicos nos hemos preparado para dar respuestas más eficaces, formadas y sólidas ante el mundo de hoy, desde nuestra profesión de fe, en actitud de conversión y compromiso.

Debo tener claridad en mis conceptos para dar respuestas a una sociedad moderna en la que estoy inmersa pero que al parecer se aleja de su Iglesia.

Confieso que también en mi caminar de creyente, el ideal de Iglesia se perdió en medio de contradicciones. Ingresé en una escuela de laicos, participé como catequista, hago parte de un grupo misionero de mi parroquia, y voy entendiendo la perspectiva más clara de la Iglesia como institución y la Iglesia como experiencia de Dios.

Nuestra Iglesia es una institución que por ser divina y humana debe integrar la acción de Dios, su Gracia, que actúa a través de los hombres, no a través de programas, ni proyectos. Dios nos salvó a través de una persona, Jesucristo, dotado del poder del Espíritu Santo.

Nota aclaratoria: En el desarrollo de este ensayo las palabras: varón y mujer definen a cada uno de los géneros. La palabra hombre define ambos géneros.

¿Cómo transmite usted su fe cristiana?

No puedo transmitir el don de la fe a nadie, pero sí puedo, bajo condiciones favorables que otras personas “hagan camino” hacia la fe cristiana.

Mi opinión es que los cristianos debemos crear condiciones fundamentales para que el mensaje sea transmitido.

La primera condición es el anuncio del Evangelio, respaldado con el testimonio personal y comunitario de vida evangélica: Evangelización en el sentido integral. (Exhortación apostólica *EVANGELII NUNTIANDI*)

La segunda condición es crear espacios personales y comunitarios para el cultivo de la experiencia y la práctica cristiana.

Explique la primera condición.

La fe sucede únicamente como una respuesta a la revelación y a la manifestación de Dios. Pero la revelación y la manifestación de Dios sólo es posible por mediaciones históricas.

El cristianismo es una religión encarnada en nuestra historia y de esta manera el cristianismo recurre legítimamente a encarnarse en mediaciones históricas que le permitan la transmisión del mensaje y la experiencia cristiana.

Por tanto es necesaria la transmisión con el testimonio cristiano, para que en las personas pueda haber respuesta de fe.

Solamente la evangelización no es garantía absoluta de que las personas estén dispuestas a aceptar el don de la fe. Pero sin este anuncio y testimonio es absolutamente imposible que las personas “hagan camino” hacia la fe cristiana.

De igual manera, la deficiencia de la evangelización en un ambiente tradicional sociológicamente cristiano suele dar lugar a un cristianismo convencional, a una mal llamada “fe heredada”, más que a una verdadera experiencia de fe con su respectiva praxis cristiana.

Conocemos los distintos géneros utilizados por la Iglesia para la transmisión del mensaje cristiano: el primer anuncio, la catequesis, la predicación, la teología y la enseñanza de la religión.

¿Cuánto es de importante el testimonio en la primera condición?

El Evangelio cristiano tiene una dimensión básicamente vivencial y existencial. Se relaciona sobre todo, con el mundo del sentido y de las motivaciones.

Si se convierte en teoría, su anuncio tiene escasa capacidad de invitar y conducir hacia la fe, escasa capacidad de transmisión de la fe.

De esta manera el anuncio del Evangelio debe ir acompañado o debe conducir a la fe en la vida. Acostumbrarse a vivir en continuo vaivén entre la fe y la experiencia humana. De no ser así la evangelización adolece de atractivo.

No basta el testimonio individual; es necesario el testimonio de la comunidad cristiana, de toda la Iglesia.

El testimonio es central en la transmisión de la fe.

“Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra.”
(Hch.1,8)

Todo el Nuevo Testamento es un testimonio sobre testigos. Jesús es el testigo fiel y verdadero. Testifica lo que ha visto y oído en el seno de su Padre. Los discípulos son testigos de Jesús, de lo que han visto y oído.

El Evangelio ha llegado hasta nosotros mediante una secuencia ininterrumpida de testimonios y testigos.

Para que el Evangelio sea transmitido es necesario que haya testigos y que su testimonio sea verdadero.

El cristiano debe testificar el sentido de los hechos que dieron origen a la fe cristiana, para lo cual necesita ser creyente, un testigo implicado, no un mero narrador.

Testificar desde el interior de la comunidad cristiana eclesial, no en nombre propio. Testificar el valor salvífico de las experiencias vividas. Testificar con seguridad que

la salvación aún pendiente se realizará, que la justicia por cumplir se llegará a hacer a pesar de la injusticia que aún pesa sobre las víctimas.

Por eso el testigo de la fe es testigo de la esperanza.

¿Cómo llegar a ser un verdadero testigo?

No es fácil ser testigo hoy. Nadie garantiza el éxito del testimonio en el mundo actual. Es difícil ser testigo de Dios en un mundo en el que se niega su existencia, o simplemente no le interesa. Es esta una condición fatigosa para el testigo cristiano hoy.

En mi opinión, podemos señalar algunos rasgos del testigo.

El verdadero testigo no se propone a dar testimonio. El verdadero testimonio fluye de forma casi espontánea, sin que el testigo lo pretenda.

Proponerse a ser testigo, es como proponerse a dar ejemplo. Tiene algo de farisaico.

Tras el testimonio sucede con frecuencia que quien se ha percatado del testimonio pide una explicación, una razón del testimonio. Este es el momento del anuncio explícito del Evangelio. Ese es el momento oportuno para dar razón de la propia fe y de la propia esperanza.

El testigo cristiano siempre da su testimonio y su anuncio como una propuesta, no a manera de imposición, no interfiere en la libertad de nadie. El testigo sabe que Dios busca a los seres humanos por el camino que Él tiene decidido.

Además el testigo se caracteriza por la fuerza de sus convicciones, por la fuerza de su fe cristiana. Lo que caracteriza al testigo no es la fortaleza psicológica o moral o la fuerza de voluntad, sino la fortaleza teologal, la fuerza de la fe, la esperanza y el amor. La fuerza de sus convicciones no procede de su entendimiento sino de su fe, de su esperanza y de su amor.

El testimonio no es expresión de un saber sino de una fe.

El testimonio cristiano no es necesariamente acogido y aplaudido. El testimonio no se mide por sus frutos inmediatos. El testimonio queda como una semilla..., si no germina no es fracaso del testigo; a él le basta sembrar. Está más pendiente de la fidelidad a la causa que a la eficacia del testimonio.

El testigo cristiano no tiene hoy apoyos culturales, ni siquiera hay preguntas en el ambiente a las que quiera responder. No sabe cómo testificar, se encuentra sin palabras. Son tiempos de silencio y paciencia. Si es aceptado como amigo y familiar, como testigo cristiano puede resultar extraño e incomprendido. Aquí radica la soledad del testigo.

Explique la segunda condición.

Esta condición se refiere a que los procesos de evangelización deben estar profundamente relacionados con la vida de las personas. Hoy no es posible la evangelización ajena o al margen de las experiencias de vida.

Crear condiciones para la vivencia personal y comunitaria de las dimensiones esenciales de la vida de fe: La oración, la celebración cristiana y las prácticas comunitarias.

La autonomía personal, valor tan apreciado en la cultura moderna y postmoderna, no es incompatible con la práctica comunitaria; antes bien la hace necesaria.

Una de las grandes lagunas en la transmisión de la fe es la ausencia o fragilidad de espacios verdaderamente comunitarios.

La iniciación cristiana y el cultivo de la misma tiene lugar básicamente en espacios comunitarios. Todo proceso evangelizador debe conducir a la incorporación de los evangelizados a una comunidad cristiana.

Esta mediación comunitaria se hace hoy tanto más necesaria cuanto más arrecia la crisis de las comunidades que clásicamente se responsabilizaban de la transmisión de la fe: la familia, la parroquia, la escuela.

¿Cuándo puede usted decir que está evangelizando?

Como cristiana, mi misión es evangelizar y considero tres momentos básicos: el anuncio, su aceptación y la práctica del Evangelio.

- El anuncio

Para que el Evangelio sea conocido y se pueda saber lo que en la humanidad hay de Evangelio y lo que en ella hay de contrario al Evangelio, es necesario darlo a conocer a la humanidad y aún a la Iglesia para confrontarnos permanentemente con nuestras actitudes evangélicas y anti-evangélicas. Este momento básico de la evangelización exige una especial fidelidad al mensaje evangélico y no presentarlo como cualquier filosofía e ideología.

Dios ya ha pronunciado su Evangelio a la humanidad en su Hijo. El misterio de la encarnación según reflexiones que hace San Juan de la Cruz, es el pronunciamiento, la explicitación, el anuncio que Dios hizo del Logos, de su Palabra, de su Buena Noticia. Después de esa Palabra, Dios ya no tiene nada que decir. En esa Palabra Dios dijo todo lo que Él es y cuál es su plan de salvación para la humanidad. Dios se expresa, se revela, se verbaliza, se anuncia en Jesucristo. No permanece anónimo, en Jesucristo ha dicho ya su Palabra más clara. Este es el primer aspecto de la evangelización: Pronunciar explícitamente la Palabra que Dios pronuncia, pronunciar a Jesucristo.

Pero esta Palabra es una palabra encarnada, lo cual quiere decir que habita en la carne de la humanidad, en su historia. Se ha hecho carne y se ha hecho historia. Es una palabra que asume, ratifica, confirma todo lo que hay de Dios en la humanidad.

Este misterio de la encarnación tiene consecuencias muy importantes para entender la naturaleza de la evangelización. Esta consiste en entregar el Evangelio a la humanidad, a la vez que reconocer, asumir y proclamar lo que hay de Evangelio en la humanidad.

Pues la evangelización consiste también en descubrir el Evangelio ya hecho, ya practicado, ya presente y operativo en el mundo. Es reconocer lo que hay de Evangelio en la historia humana, dentro y fuera de la Iglesia. Cuando descubrimos la presencia operativa del Evangelio en la humanidad, el evangelizador se alegra y a la vez se siente evangelizado por la misma humanidad.

El diálogo Iglesia–mundo que pedía el Vaticano II es parte esencial de la evangelización, pero es un diálogo en doble dirección: va de la Iglesia al mundo pero también va del mundo a la Iglesia.

La Iglesia ha de estar atenta para descubrir, aceptar y reconocer lo que de Evangelio hay en el mundo.

También la Palabra encarnada se convierte en juicio para la humanidad: “La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron...Vino (la Palabra) a los suyos

y los suyos no la recibieron, pero a los que la recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios...” (Jn.1,5.11)

Sin pretenderlo, el anuncio del Evangelio se convierte en juicio y denuncia de lo anti-evangélico. En este sentido la denuncia forma parte de la evangelización, pero indirectamente. Es el anverso del anuncio.

¡Cuidado!

El evangelizador no enjuicia, pues muchas personas se han sentido más juzgadas y condenadas que evangelizadas y por eso se han ido, renegando del Evangelio y de los evangelizadores. No los han visto como verdaderos reflejos del Evangelio de Jesús y ha brotado en ellos la crítica y la persecución contra ellos.

- Su aceptación

Afirma tajantemente la *Evangelii nuntiandi* 23: “Efectivamente, el anuncio no adquiere su dimensión más que cuando es escuchado, aceptado, asimilado y cuando hace nacer en quien lo ha recibido una adhesión de corazón”

Sin aceptación no hay evangelización realizada. A nivel personal, el evangelizador ve su misión cumplida cuando ha anunciado con fidelidad el Evangelio. Después queda pendiente de que el proceso evangelizador se continúe.

El Evangelio es aceptado de verdad cuando es asumido como verdadero, como conveniente, como camino de autorrealización para las personas y las comunidades como camino hacia la plenitud y la felicidad.

- La práctica del Evangelio

Quizá el aspecto más decisivo de la evangelización es la práctica del Evangelio. Esta es la meta de la evangelización. Los anteriores son pasos.

Evangelii Nuntiandi 19:

“Sectores de la humanidad que se transforman: para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida

de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación.”

Esta práctica del Evangelio es hacer realidad el Reino de Dios y sus valores de forma consciente y coherente. Sólo las prácticas evangélicas conscientes son evangelización consumada.

Las prácticas evangélicas además de ser prácticas éticas, de valores morales, de ejemplo de vida, nos introducen en el mundo del sentido, abren nuestra existencia a la Trascendencia. La práctica del Evangelio es una auténtica experiencia de Dios.

Jesús hizo y enseñó (Hch. 1,1). La esencial vinculación entre la palabra y el hecho es nota característica de la tradición profética bíblica. Tiene lugar en los grandes profetas de Israel al igual que en Jesús de Nazaret.

La exhortación EN12 afirma:

“Pero Él (Jesús) realiza también esta proclamación de la salvación por medio de innumerables signos que provocan el estupor de las muchedumbres y que al mismo tiempo las arrastran hacia Él para verlo, escucharlo y dejarse transformar por Él...Así termina su revelación, completándola y confirmándola, con la manifestación hecha de sí mismo, con palabras y obras, con señales y milagros, y de manera particular con su muerte, su resurrección y el envío del Espíritu santo”

Especialmente en el ámbito de la evangelización las obras clarifican y verifican las palabras.

Cuando el cristiano niega con su vida el Evangelio que anuncia el proceso evangelizador queda truncado porque la consumación de la evangelización tiene lugar cuando, además de anunciar con fidelidad el Evangelio y aceptarlo como verdadero y Buena Noticia, se pone en práctica

¿Cómo se sitúa usted ante una cultura débil en la fe?

LA ALARMA DEL DEBILITAMIENTO DE LA FE

Durante mi estudio en el programa MAGIS, a través de los expositores y de los temas tratados, fui haciendo conciencia del gran debilitamiento actual de la fe en nuestra sociedad moderna, en la cual vivimos inmersos los laicos.

Sentí en un principio miedo, ¿Qué hay que hacer?, ¿A dónde vamos a llegar y qué les dejaremos a nuestros hijos?

Posteriormente a través del discernimiento fui aclarando que se debe buscar la empatía en la comunicación y el entendimiento mutuo entre la cultura moderna y el Evangelio. Ideales como el de la dignidad de las personas, la autonomía, la justicia, la paz, los derechos humanos, la libertad, la igualdad, la fraternidad... son ideales que se encuentran en el Evangelio de Jesús.

Los laicos vivimos inmersos en una sociedad que no respalda al creyente puesto que se trata de un entorno social no confesional. Los creyentes no encuentran la significación social de su fe.

El debilitamiento de la fe lleva al miedo, pero en un creyente, el miedo es la expresión de una fe ausente o debilitada, porque el miedo es el anverso de la fe.

Según Santo Tomás al estar interconectadas todas las virtudes entre sí, si se debilita la fe también se debilitan la esperanza y la caridad (virtudes teologales) y pierden fundamento la fortaleza, la templanza, la prudencia y la justicia (virtudes cardinales). Debilitadas las virtudes que significan coraje, valentía, quedamos indefensos frente a los desafíos que las nuevas situaciones personales, sociales, culturales plantean a los creyentes y a la Iglesia.

Ante esta alarma, la oportunidad es recuperar la mística cristiana, cultivar la fe teologal en base a una experiencia cristiana personal y comunitaria.

Los retos incluirán por lo menos:

- La práctica renovada de la oración y la contemplación
- La multiplicación de las comunidades cristiana como lugares de iniciación y maduración en la fe, en la experiencia y en la praxis cristiana

¿Qué son los pobres para la Iglesia y para la cultura moderna?

LA ALARMA DE LOS POBRES

Es necesario una vista y oído espabilado, como el del profeta, para verla y escucharla.

Se espiritualizan las bienaventuranzas evangélicas, se ponen apellidos a la opción por los pobres llamándola preferencial y no excluyente, se previene contra las eventuales ideologizaciones y manipulaciones políticas de dicha opción, se moraliza la pobreza hasta hacer a los pobres culpables o responsables de su propia situación. ¿Cuál estrategia es capaz de callarla?

Del puesto que los pobres tengan en la Iglesia o del hecho que la Iglesia se convierta o no en la Iglesia de los pobres depende que sea la Iglesia que quería Jesús o que deje de serlo.

En la causa de los pobres se juega la Iglesia su propia causa y su destino, el seguimiento de Cristo, la credibilidad de la Iglesia.

“De lo más chiquito y de lo más olvidado tiene Dios una memoria muy reciente y muy viva” (S. Bartolomé de las Casas)

Pero a la modernidad se le olvidan los crucificados, las víctimas que han quedado en el camino como precio de sus mitos y sus progresos.

La Iglesia consigue activar la “memoria peligrosa” de ese crucificado emblemático que fue Jesús y todos los otros que siguen siendo crucificados.

Esta falta de memoria cauteriza las conciencias de los modernos. La Iglesia que no presiona e interroga sobre esa “memoria peligrosa” se hace inocua en la cultura de la globalización.

La Justicia fue en el profetismo dogma primero, anterior, aunque no contrario a los ideales más modernos de la razón crítica, de la libertad y de la democracia.

La justicia de la tradición judeo-cristiana no se reduce a la justicia meramente legal; es una justicia teológica. Los pobres que son el subproducto de la injusticia, se convirtieron así en la medida exacta del éxito o el fracaso de esa justicia que Dios quiere. Si se multiplican los pobres es porque los hombres han hecho fracasar la justicia que Dios quiere.

La Buena Nueva de Jesús se alinea en la misma dirección pero con un radicalismo adicional: La identificación incondicional de Dios con los pobres y las víctimas. Ellos son los preferidos de Dios, los herederos legítimos del Reino, que es gracia.

Los pobres son la alarma más clamorosa a la que la Iglesia debe prestar atención para despertarse de su sopor y convertirse en la Iglesia de Jesucristo.

Es esperanzador constatar que hay cristianos, comunidades e Iglesias particulares que mantienen una opción decisiva, afectiva y efectiva por los pobres, a pesar de

la crítica, de la sospecha y de la persecución que tienen que padecer constantemente.

Es esperanzador el discurso que la Iglesia mantiene desde el concilio Vaticano II y posteriores documentos magisteriales hasta llegar a movimientos teológicos y proyectos de evangelización decididamente liberadores. Y es esperanzador la presencia y el compromiso de los cristianos en la lucha por la justicia y la paz, por los derechos humanos.

La tradición profética nos recuerda (a la Iglesia) que la identificación y la opción decidida por los pobres, especialmente en la actual cultura liberal y neoliberal, no puede ser sin conflicto, desprestigio y persecución. Es el costo que supone la lucha contra la injusticia.

En este sentido nos queda el testimonio martirial que la Iglesia tiene en su haber. Es abundante la nube de testigos, que ha confirmado su lealtad a la causa de los pobres con la propia sangre. Y es esperanzador que a pesar de las amenazas y la persecución sistemática numerosos cristianos y comunidades cristianas se hayan mantenido firmes en lugares de alto riesgo por fidelidad y lealtad con la causa de los pobres. SU SEGUIMIENTO A JESÚS...

¿Cuál debe ser la auténtica actitud del cristiano en el mundo en que vive?

La peor actitud que puede adoptar un evangelizador es la prepotencia, la arrogancia, la altanería de quien se siente dueño y señor absoluto de la verdad y del bien. Eso es el fundamentalismo, cuya raíz más profunda suele ser una fe personal muy débil y un dogmatismo muy fuerte. El dogmatismo suele ser un mecanismo de defensa inspirado por la propia debilidad. Esta actitud fundamentalista desacredita completamente al mensajero y al mensaje.

Hoy no es posible evangelizar si no es desde la humildad, desde el respeto a todas las personas, desde el diálogo con todas las cosmovisiones.

La evangelización no es la imposición de los dogmas cristianos sino la oferta de los valores evangélicos.

Al final de muchas conversaciones en esta dirección y con este tono dialogante, se escucha con frecuencia el siguiente comentario:

“Así, sí, así no tengo inconveniente en dialogar con los cristianos e incluso en pensarme si vale la pena la propuesta de vida que hacen”

No es una auténtica actitud de presencia cristiana en este contexto cultural, el complejo y el ocultamiento de la propia identidad cristiana. Esta es una actitud bastante frecuente en nuestro entorno social. Con esta actitud no es posible la evangelización.

La respuesta será la forma como actuamos como creyentes y cómo nos situamos ante los demás. No todas las personas rehúyen hoy la conversación a fondo sobre las creencias cristianas, sobre el Evangelio, sobre la visión cristiana de la vida, sobre la persona de Jesús. Por esto no está bien ocultar la identidad cristiana.

La mayoría de las personas rechazan todo dogmatismo y todo fundamentalismo, pero agradecen todo gesto personal de sinceridad y de honestidad. La mayoría de las personas siguen buscando sin atreverse a tomar la iniciativa de preguntar.

La presencia más eficaz y más fecunda hoy desde el punto de vista de la evangelización es la presencia testimonial, mucho más eficaz que la presencia de la palabra o del discurso.

Hay que tener muy claro que la presencia del discurso evangelizador debe ir acompañado por la presencia del testimonio evangélico. Es la vida la que acredita el evangelio de Jesucristo; es la vida la que acredita el mensaje cristiano.

El cristiano debe contestar al mundo primeramente con la experiencia directa y personal de Dios, que dará seriedad a la proclamación de la fe, a la celebración de la fe y a la práctica de la fe.

“El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan –decíamos recientemente a un grupo de seglares- , o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio”. Pablo VI, Discurso a los miembros del Concilium de Laicis (2 octubre 1974)

El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros, cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías (...) Cristo es el testigo por excelencia (Ap.1,5 ; 3,14) y el modelo del testimonio cristiano. (Juan Pablo II, Redemptoris misio 42)

¿En la cultura moderna, dónde está el amor y dónde la solidaridad?

El término “amor” se ha desacreditado a nivel humano, de tanto uso y abuso. Llegamos a hablar de caridad al hecho de dar limosna representada en descargas de culpa personal y a ciertos gestos de conmisericordia con los demás que lejos de

unir y acercar como lo hace el amor, abre brechas, marca distancias, hace sentir al necesitado su condición como tal.

Hay que luchar con los límites del lenguaje. Hay que reinventar constantemente el lenguaje. Hoy se prefiere hablar de solidaridad en vez de hablar de amor. No cambiamos la realidad cambiando el lenguaje, pero al menos se despierta nuestra conciencia cuando nos vemos obligados a nombrar las cosas como si fueran nuevas.

Aprender una lengua nueva es como nacer de nuevo a la realidad; aprender a nombrarla de nuevo, enfrentarse de nuevo a ella o con ella como si fuera nueva.

En el caso del amor, al asociarlo siempre con el deber, con el mandato, con la obligación, se puede entender como algo que no pertenece al ser humano, habla de un empobrecimiento del ser humano.

La solidaridad nace como un ideal opcional, como un asunto de voluntariado. Puede entenderse que uno puede ser humano sin ser solidario, aunque se pueda ser un poco más humano siendo solidario.

¡No!, es preciso afirmar que nadie puede ser humano si no es solidario. La solidaridad no es opcional. La solidaridad es necesaria para humanizar a los pobres y a las víctimas. Ciertamente hay millones de personas hoy que tienen todos los derechos pero no disponen de ninguno; tienen toda la dignidad de cualquier ser humano, pero no pueden disfrutarla. La solidaridad con ellos es el primer paso para que dispongan de sus derechos y disfruten su dignidad.

Pero además la solidaridad es necesaria para humanizarnos a nosotros mismos.

En el debate ético actual hay una tesis fundamental: nadie podrá humanizarse del todo mientras haya víctimas tratadas inhumanamente, mientras no se haga justicia a las víctimas del pasado y del presente.

En este sentido el dolor de la humanidad es un peso que llevamos a nuestras espaldas, son cuentas pendientes aún para los que no somos responsables directos.

La culpa es colectiva. Esta es una verdad se enfrenta a la cultura actual de la autonomía y del individualismo.

La voz de los pobres y de las víctimas clama primero a la tierra y desde ahí clama al cielo.

La imponente parábola del buen samaritano ha sido redescubierta por la ética civil: Sociedad que olvida a los pobres y a las víctimas corre el riesgo de deshumanizarse. De ahí la trascendencia de la educación para la solidaridad.

La comunidad cristiana tiene hoy la obligación de ofrecer las mejores resonancias de esa parábola que anidan en la historia cristiana. Por este camino puede verse al cristianismo como un aliado de la modernidad.

Según algunas encuestas los jóvenes ven al cristianismo como enemigo de la felicidad, de la autonomía, de la libertad y de la realización personal, han llegado a verlo como un enemigo.

¿Qué tiene que hacer la Iglesia para reconciliarse con la modernidad sin traicionar el Evangelio?

De primero la Iglesia debe salir de su terreno ya trillado y hablar de la felicidad compaginándola de entrada con lo mejor del Evangelio de Jesús: El ser humano tiene el derecho y la obligación de ser feliz. La pastoral debe combinar y armonizar religión y felicidad, ser cristiano y ser feliz. Ser cristiano es una gran oportunidad. Esto requiere una larga y paciente catequesis.

Otro ideal de la modernidad que compagina con el Evangelio es la libertad. Dios nos ha creado para ser libres. Cristo nos ha liberado para ser libres.

La libertad ha sido abusada. Es importante comprender la libertad. Para la cultura moderna y aún para el cristianismo la libertad verdadera consiste en el coraje de mantenerse fieles en el camino de la verdad y del bien, pase lo que pase. Igual que Jesús de Nazaret nos mostró que la única libertad es la libertad solidaria, no la libertad al margen de los demás.

El drama del humanismo moderno quiere ver al hombre como dueño de sí mismo por dignidad y rechaza todos los paternalismos humillantes. Queriendo evitar toda dependencia, ha venido a concebir la libertad como soledad, cuando la libertad es pura comunión.

Este hombre que es fuente de sí y que todo se lo debe a sí mismo es el hombre solo e inhumano de las sociedades capitalistas, que no conocen ni la alegría de poder agradecer lo que no se ha pedido ni la de poder compartir lo que no se va a cobrar.

¿Acaso el hombre que toma en serio estas creencias, no se atreverá a hacer un regalo a un ser querido, para no hacerlo dependiente, ni pedirle un beso, para no tener su fundamento fuera de sí mismo?

En el encanto del estar con el otro, uno lo debe todo al otro sin sentirse rebajado, ni dependiente, ni sujeto.

Como creatura, el hombre no es un ser acabado, estático y delimitado, sino libre, independiente y dejado a sus propias manos.

Ireneo, a la afirmación de que “Dios hace” le yuxtapone esta otra: “y el hombre se hace”. Ambas cosas no son conjugables para el hombre moderno, pero para Ireneo sí: el hacer de Dios rima con el hacerse del hombre.

Lo que el hombre ha recibido del Creador es su ser dueño de sí; lo que debe es el poder deberse a sí mismo lo que es; lo que tiene por gracia es el ser independiente; lo que tiene de otro no es sólo la vida, sino una vida que es autorrealización. *“El fundamento que tiene el hombre fuera de sí es el poder ser autor de sí mismo”*

Lo anterior no son paradojas de lenguaje. Cuando el hombre se sabe de veras creatura, la experiencia de su autonomía no queda cerrada en sí misma, sino englobada en un concepto mucho más amplio. El hombre no es libre porque no tenga que agradecer nada a nadie; la oferta bíblica de lo humano nos habla de que el hombre es libre y puede agradecer su libertad.

Con relación al ideal de autonomía de la cultura moderna hay que decir lo mismo que sobre el ideal de la libertad. Sólo hay auténtica autonomía cuando ella conduce al ser humano a la comunicación solidaria, no cuando lo lleva al aislamiento individualista. Sólo hay auténtica autonomía cuando ella genera responsabilidad frente a los demás, no cuando nos hace indiferentes frente al otro, insensibles a las necesidades del prójimo, o cuando dejamos de ser prójimos de los demás.

El cristianismo tiene que mostrar que la fe y la obediencia son compatibles con la autonomía; que la fe y la obediencia a la Palabra de Dios son para el ser humano la forma más honda y expedita de ser él mismo, de realizarse. ¿Cómo demostrar esta afirmación elemental? Quizá sólo mostrándolo en la práctica.

¿Qué puede aportar la Iglesia para que este mundo sea un mundo más plenamente humano?

Las grandes demandas de la cultura moderna y postmoderna deben recibir respuestas del cristianismo con su patrimonio doctrinal y sapiencial, su experiencia histórica y su tradición. Ante las demandas que están en el corazón del hombre moderno y postmoderno, el cristianismo tiene cosas importantes que decir y respuestas adecuadas que ofrecer.

Teniendo en cuenta la situación actual del mundo, vemos tres grandes demandas:

- La demanda de sentido

Hay una dramática falta de sentido en muchos de nuestros contemporáneos. Reina en el ambiente moderno y postmoderno una demanda de sentido que reviste cierta urgencia.

Vivimos inmersos en una cultura muy rica en medios pero muy pobre en fines. La falta de sentido es un verdadero drama para muchas personas.

La sociedad del bienestar es una sociedad cada vez más rica en medios y más pobre en fines. Esto hace que la falta de sentido se convierta en el drama primero de muchas personas en la actualidad.

Nuestra sociedad del bienestar es generosa en la oferta de placer y raquítica en la oferta de sentido.

Vivimos en una cultura de las sensaciones, que ha sustituido a la cultura de las grandes preguntas por el sentido.

Esto quizá explique hoy el drama de muchas personas que tienen dadas todas las condiciones para ser felices, y se ven arrojadas en una insatisfacción creciente.

Víctor Frankl decía pensando en la experiencia vivida en el campo de concentración: "El drama del ser humano no es la falta de placer, sino la falta de sentido". Este quizá sea el drama de la cultura neoliberal, la cultura del mercado, la cultura del consumo, que abunda en sensaciones placenteras, pero escasea en la oferta de sentido.

Vivimos en una cultura de luces cortas, de la inmediatez, del corto plazo, de los deseos cortos. Esto hace que la dimensión religiosa del hombre sea reprimida o desatendida, porque esta dimensión nos obliga a poner las luces largas, a mirar lejos, a hacer preguntas sobre el sentido, a pagar el peaje de ciertas renunciadas a

corto plazo para garantizar un largo plazo más humano para las personas y para la sociedad.

La fe religiosa maneja unas preguntas sobre el origen y el final, sobre el sentido de la vida y de la muerte, que resultan ridículas o amenazantes para algunos de nuestros contemporáneos.

Vivimos en una cultura del pluralismo sin límites, del subjetivismo creciente. Esta sociedad se desliza hacia un relativismo en el que todo vale igual, la fe y la increencia. Y cuando todo vale igual, nada vale para nada.

Para cualquier cultura es dramático que llegue el momento en que la injusticia y la mentira tengan, en la práctica, los mismos derechos que la justicia y la verdad, en nombre de la libertad absoluta o de la democracia o del derecho a la libre expresión.

A esta demanda, nuestra Iglesia ofrece todas las riquezas sapienciales que existen en el seno de su tradición: la experiencia religiosa, la experiencia mística, la experiencia del Absoluto, el sentido de la trascendencia, el instinto del fin último, etc.

El pluralismo cultural obliga a las religiones a ser razonables y a renunciar al argumento fácil de la autoridad, la tradición, la revelación y el dogma.

- La demanda de comunidad

Crece cada día en nuestro entorno la demanda de comunidad. Viviendo en un mundo de la democracia, el diálogo, la tolerancia, la comunicación, paradójicamente crece la soledad, tanto que se está convirtiendo en una enfermedad de nuestro tiempo.

Encontramos una cultura de la soledad, del deterioro de las relaciones interpersonales y de los grupos y comunidades primarios. De ahí la experiencia dramática de soledad de muchas personas.

A esta demanda, nuestra Iglesia ofrece toda la experiencia comunitaria que alberga en su seno junto con prácticas y plataformas para la construcción de un tejido comunitario.

Entendemos que el proceso de formación de comunidades es prioritario para la misión pastoral de la Iglesia en la actualidad.

Entra en juego todo el proceso de formación de comunidades. Las comunidades eclesiales deben ser expertas en comunidad y comunicación, puesto que el amor y la solidaridad constituyen el núcleo de la vida evangélica.

- La demanda de justicia desde la perspectiva de las víctimas.

Las víctimas del sistema económico y político asimétrico, los marginados y excluidos crecen en número y se multiplica el sufrimiento. Ante el discurso ético cada vez más exigente queda al descubierto las lagunas.

El aporte que la Iglesia cristiana debe hacer, con su hacer y su compromiso, a una cultura moderna y postmoderna que olvida fácilmente valores irrenunciables del Evangelio de Jesús es: la opción por los pobres y los excluidos, la solidaridad efectiva y operativa con las víctimas, el instinto para la justicia leída desde los pobres y las víctimas la gratuidad en las relaciones humanas, la necesidad del perdón y la reconciliación para construir una sociedad más evangélica...

La comunidad cristiana tiene la responsabilidad de anunciar esos valores y de procurar que la humanidad no los olvide.

¿Toda la humanidad necesita de la evangelización?

Si creemos en el Evangelio como una propuesta de vida que vale la pena, que humaniza, que procura sabor y sentido a la vida de las personas, es de gran interés nuestra presencia evangelizadora en todos los ambientes.

En este contexto cultural es preciso seguir evangelizando, es preciso mantener distintas formas de presencia evangelizadora, y una forma verdadera de evangelizar consiste en la oferta de los valores evangélicos, antes que en la imposición de dogmas cristianos.

“La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia (...) Evangelizar constituye, en efecto la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar” EN14

¡Cuántas veces se han citado estas palabras desde la publicación de ese documento! (8 de Diciembre de 1975)

Aparece un cierto sentimiento de frustración. Reconocemos que la misión del cristiano está aún pendiente. Con honestidad, hemos de confesar esa sensación secreta de encontrarnos con las tareas por hacer o de haberlas hecho mal; tenemos la sensación incluso de una cierta impotencia para hacerlas correctamente.

El Evangelio que ha sido anunciado, aún no se ha realizado en nuestro mundo actual. No consiste sólo en anunciar, predicar, el Evangelio. La meta de la evangelización consiste, en último término, en vivir el Evangelio, hacerlo vida, traducirlo en gestos y prácticas en la historia humana; traducirlo en un estilo de vida que sea verdaderamente buena noticia para quien lo asume; traducirlo en una forma de entender y realizar en plenitud la vida humana personal y comunitaria.

Para los cristianos profesionales, el medio más obvio para evangelizar es nuestra profesión. No podemos esconder lo que hemos recibido y en lo que creemos.

La Iglesia debe ser experta en fe, en esperanza y en amor. Debe ser experta en motivar y animar al resto de la humanidad.

Como cristianos nuestra misión específica en la sociedad en que vivimos es poner de manifiesto la relación que tienen los problemas del mundo con el Evangelio de Jesús y aportar la fe cristiana y sus valores a la solución de los mismos.

Evangelizar es hacer que la justicia llegue, que la paz se realice, que los derechos humanos sean disfrutados por todas las personas, que toda la creación sea respetada, que la misericordia prevalezca sobre la dureza de corazón, en una palabra, que toda persona pueda disfrutar de una vida humana digna.

¿Se puede ser a la vez cristiano y moderno?

Sin un saludable ejercicio de la razón crítica, no es posible ser a un tiempo cristiano y moderno.

Se siente un divorcio entre la Iglesia y la modernidad con una responsabilidad cargada a ambas partes. De este divorcio todos somos perdedores.

El asunto es difícil porque los vientos culturales que corren no empujan el barco hacia la fe, sino hacia la increencia o hacia el agnosticismo.

Nuestro mundo político, económico y cultural vive cada vez más de convencionalismos, del colonialismo de las mayorías, de lo "políticamente

correcto”. Lo políticamente correcto es aquello que suena bien a los oídos de las mayorías aunque no corresponda a la realidad verdadera.

El Evangelio exige a los cristianos que se pongan en contra de los eslóganes, de los convencionalismos, del colonialismo de las mayorías, es decir de lo políticamente correcto. No se trata de aislarse del mundo, se trata de no traicionar valores irrenunciables de su estilo de vida.

El mensaje de la cruz es ¡locura!, ¡Subversión!, para el mundo. El evangelio y la vida cristiana exigen de los cristianos que se enfrenten a muchas situaciones de la sociedad y de la cultura por convicción...

Alguien tiene que salirse de los caminos trillados, para que la vida de las personas recobre sabor y sentido. Y los cristianos hoy estamos llamados a salirnos de los caminos trillados, a nadar contra corriente.

“Os digo, pues, esto y os conjuro en el Señor, que no viváis ya como viven los gentiles, según vaciedad de su mente, sumergido su pensamiento en las tinieblas y excluidos de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la dureza de su cabeza los cuales, habiendo perdido el sentido moral, se entregaron al libertinaje, hasta practicar con desenfreno toda suerte de impurezas. Pero no es éste el Cristo que vosotros habéis aprendido, si es que habéis oído hablar de él y en él habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús a despojaros, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, a renovar el espíritu de vuestra mente, y a revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad” (Ef.4,17-24)

Esta transformación de la persona, comporta una exigencia fundamental: “La intransigencia del creyente ante el orden establecido”.

“El mundo este” para Pablo se fundamenta en la escala de valores donde se aprecia lo fuerte y lo sabio y se desprecia lo débil y lo plebeyo. Un sistema en el que lo decisivo es el prestigio, el poder, el placer y el dinero. Valores estos que llevaron a sus jefes a crucificar a Jesús.

El ordenamiento y la organización del “mundo este” se opone al saber de Dios y se basa en el sometimiento de los hombres a los bajos deseos, caprichos, instintos, imaginación; en resumen: Ambición por el dinero, el poder, el placer y el prestigio, que esclavizan al hombre y lo encierran en su propio egoísmo.

Esta transformación se hace al interior de la persona: como el hombre, sujeto consciente que conoce, comprende, decide y se sitúa ante Dios y ante los valores morales. El creyente debe dejarse transformar por la nueva mentalidad.

¿Está el cristianismo en los centros de enseñanza modernos?

No es fácil encontrar lugar para el cristianismo en los centros de enseñanza e investigación, allí donde se forma la cultura.

Como bautizados los cristianos estamos llamados a evangelizar. Como laicos, la mayor parte de los cristianos tienen en su vida profesional el espacio más primario para la evangelización.

Si creemos en el Evangelio como una propuesta de vida que vale la pena, que humaniza, que procura sabor y sentido a la vida propia y ajena, es interesante nuestra presencia evangelizadora.

El cristiano en la universidad se encuentra con una institución que no ha sido capaz de aceptar y digerir el mensaje cristiano. Los vientos culturales que corren en esa institución no empujan e barca hacia la fe, sino hacia la increencia, el agnosticismo y el ateísmo.

Para hacer posible la presencia del cristianismo en los centros de enseñanza debemos tener en cuenta algunos rasgos de la cultura actual.

Hoy la fe y la experiencia religiosa, en general, están de retirada. Están recluidas en el ámbito de los mayores. Así lo vemos en el promedio de edad de la mayor parte de los practicantes cristianos habituales. También la vemos recluida en la decreciente cultura rural campesina.

Pero la universidad se considera perteneciente a los jóvenes y a la cultura urbana. Por eso no es receptiva a la fe y a la experiencia religiosa. Pertenece, más bien, a la cultura secular; en la cual lo obvio no es la fe sino la increencia, lo obvio no es la religión sino la secularidad. Esto se considera normal por ser políticamente correcto. De aquí que la fe y la religión son lo anormal, lo que no se lleva, lo políticamente incorrecto.

Aún hay quienes asocian a la religión con el opio del pueblo, la alienación. Si antes era el increyente y el ateo quienes tenían que abrirse paso con dificultad a base de razones, hoy es el creyente quien debe probar su derecho a existir.

La universidad debería cubrir esta laguna hoy que deja la cultura del placer, del consumismo, etc. Pero no parece que lo consiga, pues ella misma se rige a veces por las reglas del mercado, incluso en un asunto tan serio como es el de la verdad.

Defender desde la religión la primacía del sentido no implica que las religiones tengan el monopolio del sentido, ni significa condenar como pecaminoso el placer.

En ninguna página del evangelio de Jesús se condena el placer, a no ser que se trate de un placer conquistado egoístamente a costa de los demás.

El pluralismo cultural ha convertido la religión en un plato más en el menú de nuestro tiempo, como si el ser creyente fuera una opción equiparable a cualquier otra.

Un pluralismo serio y sano que invita a la tolerancia es una riqueza cultural; un pluralismo que conduce al relativismo absoluto y a la permisividad sin límites es un atentado contra la cultura.

¿Ve usted una solución para mejorar la crisis de la modernidad?

¡Necesitamos un Evangelio que nos ayude a conocernos a nosotros mismos, a nuestra vocación humana!

Esta función crítica del Evangelio no parece fácil para la cultura postmoderna. Porque la luz de la fe corrige muchos de nuestros anhelos y deseos más primarios. Por ejemplo la religiosidad propia de la modernidad parece incompatible con la renuncia, un elemento muy presente en el Evangelio. O, por lo menos la modernidad asume la renuncia con mucha resistencia.

No así la fe cristiana. Para esta la renuncia no es meta, ni ideal, ni objetivo. El Evangelio lleva incorporada la renuncia como etapa en el camino hacia la humanización plena, como herramienta pedagógica imprescindible para que el sujeto se supere a sí mismo y se abra a la Trascendencia, para que llegue a experimentar la dimensión del Absoluto, simplemente para que el sujeto pueda abrirse al otro y así humanizarse a sí mismo.

La paradoja evangélica más difícil de asumir en la modernidad quizá sea aquella de:

“EL QUE PIERDE SU VIDA LA GANARÁ”

(Mt.16,25 ; Mr.8,35 ; Lc. 9,24 ; Jn. 12,25)

COMENTARIOS AL TRABAJO DE ELVIA TERESA GARCIA

“Todo auténtico Diálogo es un ejercicio de Discernimiento”

Interesante trabajo, como ella misma lo define, sobre la identidad y misión del laico en la Iglesia. A la manera de un Catecismo, se pregunta a lo largo del trabajo sobre diferentes desafíos que se presentan al cristiano de hoy, y va dando respuestas a todos ellos, de una manera clara, sintética, afirmativa, tratando de juntar en cada respuesta teoría y experiencia espiritual.

Yo diría que se trata de un Catecismo sobre la angustia existencial experimentada en el ejercicio de la Fe y de la Evangelización, con respuestas vivenciales de lo que el Vaticano II nos ha enseñado y pedido que vivamos. La “Evangelii Nuntiandi” de Pablo VI es documento central de este trabajo que quiere recalcar ante todo el ministerio de la Evangelización, expresándolo en la necesidad del anuncio, la aceptación y sobretodo en el testimonio que no es otro que la práctica sincera y coherente del Evangelio en la vida del cristiano. “El testimonio no es expresión de un saber, sino de una fe” (Elvia T., pg.6).

El trabajo va constatando las actitudes y valores de la Nueva Era, comparándolos con los del verdadero cristianismo, para expresar la dificultad contracultural que tiene el evangelizador al enfrentarse con sus principios y ética a una sociedad que poco acepta la palabra de Cristo y que tiene motivaciones totalmente contrarias.

Expresa la necesidad de superación del miedo, la necesidad de luchar por la causa de los pobres, la propia causa de la Iglesia, y junto con ello la necesidad de trabajar por la Justicia y la Paz. Y ante estas exigencias en la vida del cristiano, se pregunta cuál debe ser su actitud, respondiendo que la evangelización no puede darse sino desde la humildad, el respeto a las culturas, el diálogo con todas ellas. “La Evangelización no es la imposición de los dogmas, sino la oferta de los valores evangélicos” (Elvia T., pg.13).

Abre otro excursus sobre el amor y se pregunta si esta palabra “amor” tan gastada y aun desacreditada puede ser equivalente a la de “solidaridad” que parece decir mucho más al hombre de hoy. Además, sin traicionar el Evangelio, la Iglesia debe procurar hablar y vivir en Felicidad, en Libertad y Autonomía, porque el hombre de la modernidad no siente que estos ideales sean propios de la Iglesia. El lenguaje a veces nos traiciona y matamos la libertad de los Hijos de Dios, cuando los condenamos a la tristeza y a ser eternos adolescentes sin autonomía propia.

La doctrina y la fe de la Iglesia pueden, además, dar respuesta a los grandes vacíos y necesidades del mundo y de nuestra propia historia y expresa esto en tres clases de demandas de nuestra propia existencia: la demanda de Sentido, casi que un grito de la humanidad; la demanda de Comunidad, que es precisamente la Iglesia de Cristo; la demanda de Justicia desde la perspectiva de las víctimas: “Justicia es el nuevo nombre de la Paz”.

Yo creo que el trabajo de Elvia Teresa está hecho con seriedad, con cariño, con autenticidad y es un trabajo meditado en el que va contrastando la fe tradicional con la fe que nos pide la Iglesia del Vaticano II, nueva visión que fue descubriendo a lo largo de estos años del Magis IV y de estudios

personales que ha llevado a cabo por su compromiso cristiano en la Arquidiócesis de Bucaramanga.

Echo de menos, al final del mismo, una bibliografía que fuera un buen complemento para su mismo trabajo, acercándose un poco más al método científico.

Elvia Teresa, una felicitaciones grandes por la expresión, reflejo de tu fe, en este trabajo y por la culminación de estos tres años del Magis IV, que bien se te notan!

Cordialmente,

EDUARDO URIBE F., S.J.